



HAL
open science

Escribiendo la última estrofa: testimonios de mujeres en la guerra

María del Carmen Barcia Zequeira

► **To cite this version:**

María del Carmen Barcia Zequeira. Escribiendo la última estrofa: testimonios de mujeres en la guerra. XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional, Sep 2010, Santiago de Compostela, España. pp.197-205. halshs-00529269

HAL Id: halshs-00529269

<https://shs.hal.science/halshs-00529269>

Submitted on 25 Oct 2010

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

ESCRIBIENDO LA ÚLTIMA ESTROFA: TESTIMONIOS DE MUJERES EN LA GUERRA

María del Carmen Barcia Zequeira
Universidad de La Habana
Cuba

Cuando José Martí, en uno de sus múltiples escritos sobre la independencia continental, se refirió a la situación de Cuba en esos primeros años, en forma poética, la definió como la estrofa no escrita de esa epopeya americana. Nuestro acontecimiento mayor, tardó en iniciarse medio siglo y en sostenerse tres lustros, tiempo prolongado para una estrofa cuya escritura costó vidas generosas, haciendas importantes, valores insumisos. Años sin duda difíciles para un pueblo que ya se consideraba cubano y no criollo.

En ese contexto figuraron -como no hacerlo-, las mujeres. Un individuo tan reacio a admitir la justeza de la independencia cubana como Antonio Pirala, escribió al respecto:

Las mujeres son las que han hecho la insurrección en Cuba. Ellas, si no fueron las primeras en sentir los impulsos de la dignidad ultrajada, fueron las primeras en manifestarlo (...) Hablaban sin ambages, sin embozo y sin miedo; a nosotros (los españoles) de nuestros desmanes; a los suyos (los cubanos) de sus derechos desconocidos y de sus deberes. Antes de la insurrección se despojaron de sus joyas para cambiarlas por hierro. Después que estalló, como las matronas de Roma y de Esparta, le señalaban el camino a los suyos y les decían: «Allí está vuestro puesto». Y los seguían, compartían con ellos todos los azares de la lucha, todos los rigores de la intemperie. O para dejarlos desembarazados y expeditos volvían a las ciudades, escuálidas, casi desnudas, moribundas, viudas unas, otras con

los huérfanos al pecho, secos por el hambre y las enfermedades. Habían visto también con los ojos secos, los cadáveres de sus esposos, de sus hijos (...) Y siempre firmes, decididas, haciendo en su interior votos fervientes al cielo por el triunfo de los suyos.¹

En un marco similar se desarrolló la vida de una mujer sencilla, que trataremos de reseñar.

Nuestra guerra grande, la que duró diez años, se desarrolló esencialmente en la zona oriental de la Isla, desde Puerto Príncipe, título de Camagüey en aquellos años, hasta los límites de Cuba, como se denominaba la región santiaguera.

En la provincia principieña, lugar privilegiado por sus tradiciones y por familias enlazadas por una endogamia tradicional, vivió Encarnación de Varona y Socarrás. Sus apellidos la vinculan a esa prosapia y aunque su familia no era solvente, si tenía lustre.² Quedó huérfana muy pequeña y por discrepancias familiares, pasó de un pariente a otro, contó con la protección de su abuelo mientras estuvo vivo y luego sus tías Encarnación, Caridad y Catalina de Varona.³ Terminó viviendo con su padre.

De sus primeros años contaría:

Una olimpiada contaba
cuando mi madre murió
y en el mundo me dejó
cuando apenas pronunciaba.⁴

Aunque no estuvo en ninguna escuela de fama, recibió cierta educación -una de sus maestras fue Julia de Agüero, novia⁵ del reconocido patriota y mártir, Joaquín de Agüero-,⁶ y tuvo dotes naturales para la décima. Escribió su autobiografía con el propósito de contar, con calificativos que pudieran

1. Pirala, Antonio: *Anales de la Guerra de Cuba*, tomo I, p. 335

2. Nació en 1835, era hija de José Miguel de Varona y Borrero y de Doña Carmen Socarrás y Socarrás, de la cual recibió un a pequeña herencia. Su tía paterna, Encarnación de Varona, casada con otro ciudadano de ilustre apellido, D. Juan Arteaga, quien era uno de los hombres más ricos de Puerto Príncipe, la acogió en su primera orfandad. Otra de sus tías estaba casada con Mariano de Agüero, perteneciente a una familia vinculada a las luchas anticolonialistas desde los años cincuenta. Al estallar la guerra de los Diez Años tenía 33 años estaba casada y había parido hijos. Ver: González Sedeño, Modesto. *La vida pública y secreta de Encarnación de Varona*. La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2002. P. 15-33.

3. Finalmente vivió con su padre y su segunda mujer.

4. González Sedeño, Modesto. *La vida pública y secreta de Encarnación de Varona*. P. 89

5. Encarnación comenta que en aquellos años los novios eran denominados amantes, término más cercano a una relación verdaderamente amorosa. *Ibidem*, P. 39

6. Fusilado en 1851 por sus acciones revolucionarias.

parecernos muy modernos, lo que denominó su vida «pública y secreta».⁷ Muchos avatares de ese quehacer fueron contados en décimas.

Se casó con Francisco Escobar el 18 de octubre de 1853,⁸ cuando contaba 18 años, momento que relata, años más tarde, también en verso:

(...)
Mas, yo tomé por esposo
al que adora el alma mía.
¡Oh! Cómo podré explicar
mi grande satisfacción
cuando unido al corazón
di mi mano ante el altar
para poder estrechar
aquel ser idolatrado
que mi cariño ha pagado
con su constancia infinita
y los pesares me evita
con su sincero cuidado.

(...)
Me gozan mis hijos tiernos
y en mi vida venturosa
me considero dichosa
pidiéndole solo al Cielo
de madre me haga modelo
y ejemplo de buena esposa.⁹

Entre 1854 y 1879 Encarnación y Francisco tuvieron trece hijos, de los cuales sólo una, Meolia, murió en la infancia con menos de dos años.¹⁰ Tres, Bernardo, Meolia de la Caridad y Alcibiades nacieron durante la Guerra Grande. Esta mujer, simple, sencilla, de su tiempo, sin mayores reclamos que los de ser una madre modelo y una buena esposa, tuvo que afrontar los avatares de la guerra con los once hijos que tenía en esos años, los tres últimos sólo alcanzaban, al terminar la contienda, edades entre los 9 y 6 años, pues habían nacido en 1868, 1869 y 1872, respectivamente.

El 4 de noviembre la guerra estalló en Puerto Príncipe, no obstante la situación no era aún precaria para ese territorio, pues las fuerzas españolas se concentraban en la región oriental.

7. Precisamente el libro de González Sedeño reproduce ese documento, al cual tuvo acceso por relaciones familiares.

8. Ofició en su boda el Arzobispo José María Claret, que por las visitas del obispado, se encontraba en Puerto Príncipe en esos momentos.

9. González Sedeño, Modesto. *La vida pública y secreta de Encarnación de Varona.*, p. 91-92

10. Nació el 5 de agosto de 1857 y falleció el 1 de enero de 1859

La estrategia de las familias camagüeyanas que simpatizaban con la independencia fue similar. Generalmente se atribuyen conductas de este tipo a familias muy destacadas, como la de Amalia Simoni, casada con Ignacio Agramonte, pero esa saga estuvo bastante generalizada. Muchas mujeres y hombres unidos por lazos de parentesco abandonaban sus casas en la ciudad y marchaban al campo, a sus residencias campestres si las tenían, como fue el caso de la familia Simoni, o a la de sus familiares, como ocurrió con Encarnación y Francisco, quienes llegaron a albergar en su finca, entre familiares y allegados, a 28 personas.

Cuando la persecución se hizo más aguda, construyeron habitaciones en lugares más intrincados, la casa de los Escobar-Varona fue bautizada, simbólicamente, como «El Amparo»,¹¹ y finalmente construyeron ranchos rústicos en las montañas.

Francisco levantó el de su familia sobre un bibijagüero¹² para facilitar el drenaje de las aguas,¹³ estas chozas se comunicaban por estrechas veredas que sólo conocían sus vecinos.

La guerra les impuso pronto su costo y en los primeros traslados, motivados por las persecuciones de que eran objeto, murió un pequeño sobrino de Encarnación y enloqueció su hermana Isabel, cuya casa había sido incendiada por los guerrilleros españoles.

La décima fue, en estos tiempos aciagos, la forma en que esta mujer logró plasmar sus sentimientos:

(...)

En vez del grato sonido
del títere sabanero
oigo cantar al arriero
y al guacaico confundido.
También oigo el alarido
del jíbaro¹⁴ en la montaña
que hace ver de mi cabaña
la distante vecindad
por huirle a la impiedad
de los jefes de la España.

(...)

11. Amali Simoni e Ignacio Agramonte vivieron en «El Idilio»

12. Túneles donde viven las bibijaguas.

13. En Cuba se conoce como bibijagua, una hormiga de gran tamaño y muy laboriosas, que arrasa con las hojas de diferentes plantas, las llevan a sus hormigueros pues cultivan en el interior de sus hormigueros una especie de hongo que la colonia usa como alimento. Para hacerlo cortan las hojas de todas las plantas y las acarrear a sus tuneles, donde las usan como 'compost' para fertilizar los cultivos de hongos.. Los bibijagüeros son largos y complejos túneles que facilitan el drenaje de las aguas.

14. Así eran llamados los perros salvajes que habitaban en las zonas montañosas.

Más mi pensamiento a poco
como se halla desvariado
vuelve a caer angustiado
con el peso del presente,
sin que me sea indiferente
la dicha de que he gozado.¹⁵

Muy cerca de «El Amparo» se estableció la imprenta «La Libertad», donde se editaba «El cubano libre» Su protección fue encargada a Francisco, quien casi paralelamente tuvo que destruir la casa familiar en Jesús María, «lo que fue un gran pesar para nosotros», relata Encarnación.

De la montaña he salido
llena de melancolía
por ver a Jesús María
ese lugar tan querido.
Lugar donde he recibido
los cariños conyugales
y los besos maternos
a mi prole he dedicado
lo que me ha recompensado
para alivio de mis males.¹⁶

«! Cuántas cosas vieron mis ojos en aquella horrorosa época ! (...) Mis hijos eran chiquitos (...) Llevábamos todos con resignación aquella vida ambulante y desprovistos de toda clase de comodidades; pero aunque demasiada ordinaria la comida, la había en abundancia».¹⁷

Claro que para buscarla había que correr riesgos, y los hijos mayores, con apenas 14 y 16 años, eran los encargados de hacerlo y «se veían expuestos a cada rato a ser cogidos por el enemigo»

1871 fue un año terrible para el Camagüey y Encarnación atestiguan: «ya no estábamos seguros en ninguna parte (...) Ví casos horribles. Hombres moribundos abandonados por sus compañeros, madres que daban a sus hijos, para aplacar la sed, hasta sus mismos orines. Hubo madre que vio a su hija morir en sus brazos sin poder hallar una gota de agua con que refrescarlo los labios. Innumerables que daban a luz a sus hijos bajo un árbol o en medio de un pantano (...)».¹⁸ Y el dolor de las mujeres, ocupa entonces su quehacer decimístico:

15. González Sedeño, Modesto. *La vida pública y secreta de Encarnación de Varona*. P. 124-125

16. *Ibidem*, p 129-130

17. *Ibidem*, p. 129

18. *Ibidem*., p. 131.

(...)

Hoy ya todo ha perecido
y respira destrucción
sin que exista un corazón
que no se encuentre abatido.

(...)

La juventud femenina
que adornaba los salones
hoy se encuentra en ocasiones
en una humilde cocina.

A la joven inocente
la verás entristecida
pensando en la despedida
que le dio su dueño ausente.

Aquí postrada de hinojos
verás la joven esposa
que no puede congojosa
con el raudal de sus ojos

(...)

Aquí una viuda afligida
de sus hijos rodeada
que pide desesperada
a Dios le quite la vida.

(...)

Oirás un triste gemido
en un húmedo lugar
que exhala una madre al dar
a luz un recién nacido.

(...)

Pero es tal el patriotismo
de tus hijos, Cuba hermosa,
que aunque triste y angustiada
te aventaja tu heroísmo.¹⁹

En el rancho del bibijagüero los sorprendieron los disparos el 29 de junio (...) la tropa [española] había (...) dado fuego a «El Amparo».²⁰ Supo después que su hermana Francisca había fallecido ese mismo día. Las presentaciones de las mujeres y niños, ante las tropas españolas se

19. *Ibidem*, p. 131-134.

20. *Ibidem*, p. 139.

iniciaban, no obstante Encarnación reseña, tal vez porque esperaba una conducta más agresiva, que «nos acogieron con bondad, brindándonos sus pocos teneres, nosotros nos redujimos a pasar los dos o tres primeros días bajo un árbol que nos marcaron como punto designado para ser nuestra habitación.»²¹

También relata, sin prejuicios patrioterros, su vida en el campamento español. Allí les permitieron recoger los productos que habían dejado en sus hogares para que no murieran de hambre, «cargamos dos bestias de viandas y frutos de la estación, y nuestra llegada fue aplaudida. En menos de dos horas ya todo lo habíamos vendido. (...) seguimos ese método de vida por algún tiempo (...) En esto llegó el general Valmaseda el que nos repartió ropa a todos los presentados. Yo (...) le pedí audiencia (...) la que me la concedió». Encarnación pedía por todas las mujeres que necesitaban alimentar a sus hijos y se les autorizó, a cada familia, matar una res y compartirla entre todas.

Finalmente les permitieron regresar a Puerto Príncipe, allí dio a luz en 1872, a su hijo Alcibíades «en medio de la mayor miseria». Francisco se hizo cargo de una finquita pero después ella, cuando todos se enfermaron, tuvo que pedir la limosna que se daba a los insurrectos y que salía del dinero que se les había embargado.²² Entonces fue auxiliada por otra mujer, Isabel Rodríguez y Agüero, hermana de insurrectos, quien separada de su marido mantenía, con la costura, a su pequeña hija. Así vivía y colaboraba además, clandestinamente con los patriotas.

En Puerto Príncipe Encarnación, siempre preocupada por la enseñanza, comenzó, en medio de su miseria, a dar clases gratuitas, pronto el cura de la parroquia, viendo su actitud, decidió ayudarla con alimentos.

Nuevos sucesos ocurrieron, su hermana Luisa, demente por tantos sufrimientos llegó a su casa y su amiga Isabel decidió marchar al campo insurrecto, donde parió a su segunda hija y se quedó hasta concluir la guerra.

El fin de la guerra, se aproximaba y la situación continuaba siendo tétrica para Camagüey y también para Encarnación y su familia:

Fue enero, si no me engaño
del año setenta y siete
la fecha que compromete
con su recuerdo mis años.
Sufrí cueles desengaños,
tuve grandes sufrimientos,

21. *Ibidem*, p. 143.

22. La limosna consistía en un pan por persona, un poco de arroz crudo, unos granos de café, un poco de azúcar mascabado y además carne o un pedazo de tocino, que ella debía ir a buscar. *Ibidem* . p. 151-152.

pasé terribles momentos,
 pues el cubano ofuscado
 a mis hijos ha apresado
 y ha atacado el campamento.²³

Se refería, indirectamente, al segundo de sus hijos Panchito, nacido en 1855, que murió combatiendo a los españoles, dos meses después, con sólo 22 años.

Se pactaba el luego reconocido Convenio del Zanjón, cuando Encarnación, su marido y sus hijos, regresaron a Jesús María, allí nació, el 29 de mayo de 1879, su última hija, Blanca. Tenía entonces 44 años, edad que en nuestra época parece poca, pero había vivido demasiadas cosas. Poco a poco la familia reordenó su vida y comenzaron a producir guano, una especie de palma que sirve para techar viviendas y ranchos de producción diversa, tener guano, decía Encarnación «es tener dinero», y no en balde, apuntamos, ambos términos tienen un mismo significado en Cuba.

En 1882 la familia había recuperado su tradicional modo de vida, pero los recuerdos no la abandonaban

Cuando vine a este lugar
 la tristeza me agobió
 (...)

Un hijo menos traía
 que un traidor me lo mató
 de mis brazos lo arrancó
 de un mal juez la tiranía
 (...)

Vino a fijar mi atención
 Mi casa toda arruinada.²⁴

Pero ,no en balde han pasado cuatro años, por lo que después añade:

Ya tenemos una casa
 que es de bastante extensión
 muchas frutas de sazón
 y nuestras aves no escasas.
 Ya hay un grande platanal
 mucho arroz, mucho maíz
 otras viandas del país
 y va volviendo el frutal.²⁵

A pesar de todos los avatares, Encarnación continuó versificando hasta el final de sus días, dedicó cantares a su marido y sus hijos, las ayudó

23. *Ibidem*, p. 162.

24. *Ibidem*, p. 171

25. *Ibidem*, p. 172.

a vivir, a parir, y a subsistir ante todos los avatares. Siguió trabajando incansablemente a favor de su familia, se sobrepuso a la muerte de uno de sus nietos, alentando y sosteniendo siempre.

Pero la guerra y sus miserias no pasaron en balde y minaron su organismo y su salud, contrajo tuberculosis y falleció el 7 febrero de 1888, rodeada de de su marido y de sus hijos, su última frase fue tan certera como su vida «Ahora puedo decir ¡viva la libertad!». Escribió sus memorias, hasta el 30 de noviembre de 1887, cuando sólo le quedaban dos meses de vida. Estas fueron conservadas por sus descendientes y nos han permitido conocer las reflexiones de una mujer que vivió los diez años de la Guerra Grande sencillas y simplemente, con la más heroica de las conductas que es la cotidiana, salvaguardando a su familia y trabajando por su patria.